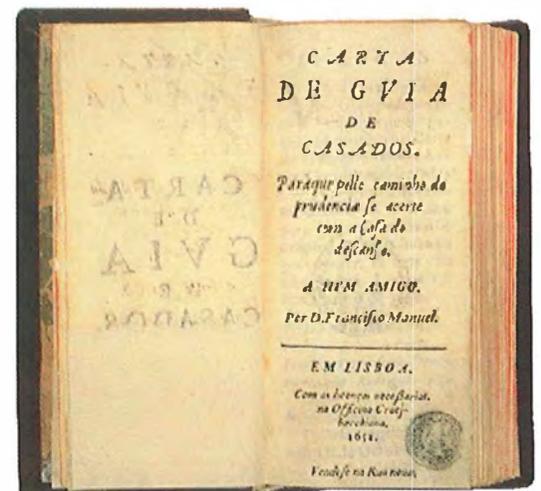


Guía de Casados

Jorge Edwards

QUE EL LECTOR NO TENGA MIEDO NÍ SE HAGA, tampoco, ilusiones. No pretendo dar consejos matrimoniales. Menos, elaborar una guía para los casados. Comprobé hace, pocos días, con asombro que voy a enterar un cuarto de sigla de vida conyugal. Un cuarto de sigla en el que no han faltado las interrupciones, los conflictos, los accidentes del viaje. Siento que esos casi 25 años, sin embargo, no me dan autoridad para opinar ni para dar consejos. Sospecho, a estas alturas del camino, que cada uno tiene que resolver el problema por su propia cuenta. Ese cuarto de siglo ni siquiera me da seguridad con respecto a los años próximos. Soy un casado en duda permanente, con puntos a favor y puntos en contra: un casado en tela de juicio. Miro a mi alrededor, veo que mis amigos acumulan divorcios, y tampoco me convencen. El hecho de que existan los problemas no significa que existan las respuestas. Cada cierto tiempo encuentro una persona que me da soluciones definitivas y después descubro que su sistema, que me había explicado con el brillo de la convicción en los ajos, se derrumbó como un castillo de naipes. El casado feliz se divorció. Al solterón fanático le pusieron el yugo. La mujer liberada, polígama, tuvo un acceso de



celos y estuvo a punto de estrangular a su amante.

Lo que ocurre es que un amigo de Rio de Janeiro, casado durante nueve años e incluso, según él, bien casado, y después divorciado y soltero durante cerca de treinta, seguro en su celibato tardío, me regaló y me aconsejó la lectura de un clásico portugués curioso. El libro se titula en su lengua, *Carta de guía de casados*, y fue escrito por don Francisco Manuel de Melo, gentilhomme portugués, en pleno siglo xvii, en el año de gracia de 1650.

No soy historiador de la literatura, pero siempre he creído que a mediados del siglo xvii se produjo un estancamiento de la gran riqueza literaria peninsular. La corriente que venía desde la Edad Media, heredera de los lenguajes populares, poderosos, del Arcipreste de Hita, del romancero, de las novelas de caballería, corriente que había tenido un florecimiento espectacular en el Siglo de Oro, con Miguel de Cervantes en España y Luís de Camões en Portugal, empezó a secarse. Se había producido el cansancio de la conquista americana.

La lucha contra la Reforma se había resuelto, mal resuelto, en último término, levantando Inquisiciones. El oro de América, según parece, corrompía las finanzas de las dos metrópolis. En literatura, el brillo de los inicios del barroco degeneraba en cultismo y en sumisión a las reglas académicas.

Don Francisco Manuel de Melo, según descubrí después de leer el libro regalado por mi amigo carioca, fue uno de los últimos grandes personajes literarios de la península. Por lo menos, fue el último heredero de la universalidad y la variedad renacentista. Busco su nombre en una antigua enciclopedia española y veo que ocupa dos páginas enteras, en letra apretada, a tres columnas. Nuestro mundo se ha olvidado por completo sin embargo, del ilustre don Francisco Manuel, amigo íntimo y corresponsal habitual de don Francisco de Quevedo, pariente de reyes de

Castilla y de Portugal, escritor notable en lengua castellana y una de las cumbres, junto al padre Antonio Vieira, de la literatura portuguesa de su siglo.

Don Francisco era hombre grave, apasionado, fogoso, comprometido en las luchas de su tiempo, poco dado a las complacencias o a las veleidades feministas, puesto que siempre ha existido un feminismo «avant la lettre» y a falta de otras pruebas de esto último, ninguna mejor que la lectura de la *Carta de guía de casados*. No fué amigo de componendas administrativas ni de astucias para guardar la fachada, como la gran mayoría de mis actuales colegas criollos. Luchó por sus principios y por la defensa de Portugal, su patria, contra los invasores castellanos. Esto significó, según el novelista portugués Camilo Castelo Branco (autor de una novela extraordinaria, *Amor de Perdición*, que leí en mi adolescencia instigado por un comentario de Miguel de Unâmuno), que don Francisco Manuel aunara dos celebridades: «*la del talento y la de la desgracia*». Celebridades que suelen andar unidas! Mi antiguo Diccionario Enciclopédico Hispano Americano explica que nuestro personaje fue encarcelado por ordenes del Conde Duque de Olivares, también encarnizado perseguidor de su contemporáneo y compañero de letras, Francisco de Quevedo. Después de salir de la cárcel, don Francisco Manuel, que no ahorra sus energías ni aspira a premios literarios y jubilaciones, intervino en guerras, empresas de gobierno, embajadas, asuntos de corte, y escribió sin descanso, desde sonetos hasta tratados de matemáticas y filosofía. Tomó parte en la guerra de Cataluña, junto a las tropas de Felipe IV, y recibió el encargo oficial de escribir su historia. Encarcelado por segunda vez, bajo una acusación calumniosa de asesinato, terminó la relación de esa guerra en la cárcel y optó por darla a conocer con el seudónimo de Clemente Libertino. La narración de los hechos era excesivamente objetiva y

Carta de Guia de Casados. Para que pello caminho da prudencia se acerte com a casa do descansa. A hum amigo. Por D. Francisco Manuel de Melo. Lisboa, 1650. BNL (Res. 2746 P).

don Francisco Manuel calculó que el poder español no iba a tolerarla. Fué, según todos sus exégetas, un calculo prudente y justo. A pesar de eso, después de la cárcel tuvo que salir al destierro en el Brasil. Sólo consiguió regresar a Europa y ser absuelto de toda pena gracias a la intercesión del rey de Francia y del cardenal Mazarino.

Don Francisco Manuel de Melo dejó un hijo natural, pero fue solterón empedernido, sin concesiones. Uno de sus biógrafos extranjeros, Edgar Prestage, resumió su personalidad en esta forma: *«Era versado en las materias más diversas; sabía tener el comando de una escuadra en alta mar o de un ejército, dirigir un banquete diplomático o un baile en la Corte, argumentar sobre un punto de teología, dictar una balada, explicar los derivados de una palabra, componer música para una ópera o penetrar en los misterios de la Cábala. En sus variadas empresas alcanzó, en general, éxito, porque tenía cerebro sólido y trabajaba mucho. Pese a ser erudito e imitador de los clásicos, que admiraba profundamente, evitaba la pedantería y desdeñaba a los gramáticos, ya que, según decía, hablaban de un modo más incorrecto que el común de los mortales».*

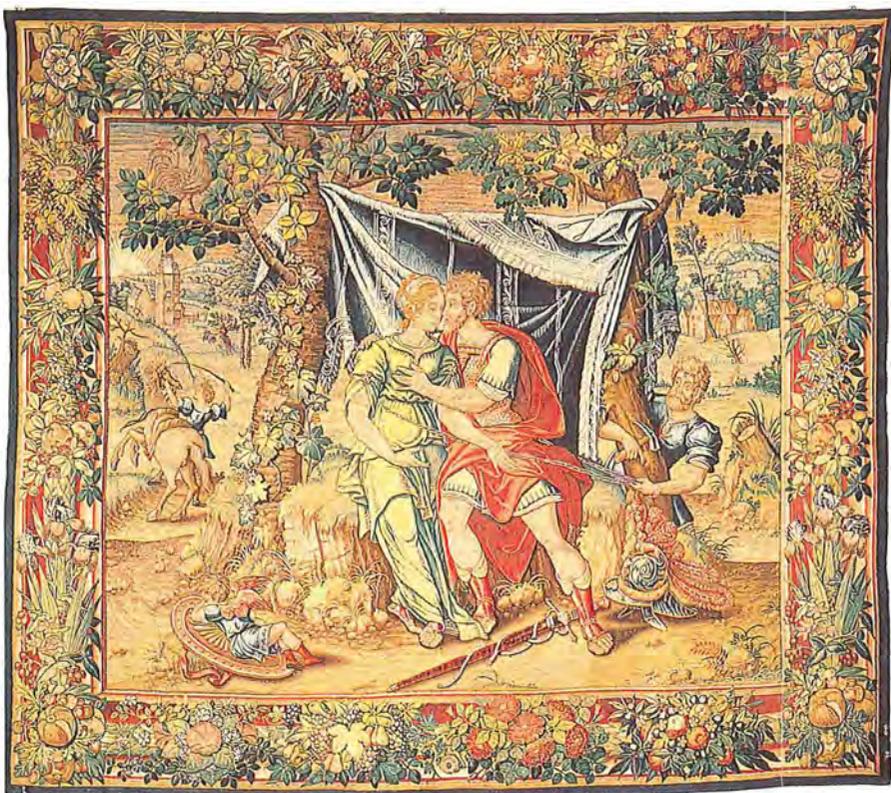
No es tan extraño que al solterón don Francisco Manuel, dentro de la universalidad de sus talentos y curiosidades, que abarcaban las disciplinas más serias y las más frívolas, escribiera una colección de consejos matrimoniales. Los escribió, o pretendió que los había escrito, a petición de un amigo que se casaba. Al respecto, se esmeró en dejar en claro que son mucho más escasas las personas, que piden consejos, que aquellas que los dan. *«Aquel que desea buenos consejos, da ya la impresión de que no los necesita; porque también es prudencia grande pedir consejos, y el hombre que los sabe pedir, me hace creer que no le harán ninguna falta».*

Don Francisco Manuel, personaje de universalidad renacentista, escribe con ironía, distancia, maneras barrocas. En la dedicatoria, se defi-

ende de alguien que lo criticaba por publicar demasiados libros: *«Señor (le dije) déjeme hacer muchos, hasta que haga uno que lo deje contento. Díjeme esto, y que Dios os guarde...»*

Los consejos de la *Carta de guía* se refieren a las mujeres feas, a las bonitas, a las que se dejan ver demasiado, a las cultas, a las ignorantes, a las dilapidadoras. Don Francisco Manuel aconseja la prudencia, un escepticismo razonable, el permanente equilibrio. *«Los que se casan con mujeres mayores en el ser, en el saber y en el tener, están en grandísimo peligro».* Desconfía de los excesos de la pasión amorosa, que más bien contribuye, a su juicio, a complicar los matrimonios. *«Tratemos de ver si es posible dar alguna regla al amor; al amor, que suele ser la causa principal de que los casados estén mal casados. Unas veces porque*

«Provemos a ver se será possível dar alguma regra ao amor, ao amor, que soe ser a principal causa de fazer os casados mal casados, umas vezes porque falta, e outras porque sobeja. Armemos-lhe, se quer, as redes; caia ele se quiser; e o mais certo será que vôle, e fuja delas, porque quizá por isso o pintaram com asas». (Guia de Casados). Tapeçaria do século XVI: «Vulcano surpreende Vênus com Marte». Museu Nacional Machado de Castro, Coimbra.





falta, y otras porque sobra. Armémosle, si se quiere, las redes; que él caiga si es su voluntad; y lo más probable será que emprenda al vuelo, y huya de ellas; porque quizás por eso lo plantaron con alas».

No conviene, considera don Francisco Manuel, que las mujeres asistan a todos los conuities ni se muestren en todas partes. Si la Reina las conoce, basta con que las vea de vez en cuando. Nunca se cansa nuestro escritor de contar anécdotas castellanas. Lo hace con una buena dosis de burla. Habla de un casado a quien le preguntaban donde iba a misa su mujer. «*Donde ouvir charamelas*», frase que se podría traducir en castellano: «*Donde escuche chirimías*». Y agrega: «*Conocí en Castilla a una titular vieja y graciosa, y en extremo honrada, que cuando se metía al coche, y le preguntaba el cochero, a donde?, respondía: A donde hubiere más gente*». Don Francisco Manuel coloca esos diálogos en castellano, con fruición y con una pizca de saña.

Poco aficionado a los animales domésticos era don Francisco Manuel. Ni siquiera se escapaban los ruiseñores. «*Ruiseñor de todo el año, que canta de noche y después dicen que despierta nostalgias (saudades), de qué sirve? De qué sirven las "saudades" cuando está el marido en casa? No conviene que haya "saudades" en este tiempo, ni que se conozcan*».

Pensava que las amigas de la mujer pueden ser peligrosas. «*Soy tan mal pensado, que creo que*

han hecho mucho más daño en el mundo las amigas que las enemigas. Y así, acostumbro decir que a los hombres los pierden sus enemigos y a las mujeres sus amigas».

Grave y agudo observador, desde sus guerras, sus cárceles, sus banquetes, don Francisco Manuel de Melo!

«*Las mujeres bonitas, sostiene, acarrearán toda clase de riesgos, desde el momento en que salen a la calle. En cambio, si se está casado con una fea, basta con salir de casa para encontrar a otras mejores, que alegran la vista*».

Las gastadoras y las vanidosas reciben frases lapidarias. También aconseja tener sumo cuidado con las mujeres que se parecen al río Nílo, «*del que no se conoce el nacimiento y toda su corriente. Hay que huir; Señor, de ellas, como de los mismos cocodrilos que dicen que lleva ese río*».

El destinatario misterioso de los consejos siempre recibe el trato de Señor o de Vuestra Merced. Es un recurso retórico que confirmaría plenamente, a la luz de la teoría literaria moderna, el carácter creativo y ficticio del texto de Don Francisco Manuel. «*Discurso imaginaria*» diría una mujer culta de nuestros días. E incurriría, de inmediato, en el furor de nuestro personaje, que dirige algunas de sus andanadas principales a las supersábias, a las cultas latiniparlas. He aquí, para terminar, una anécdota de confesionario en la *Carta de quía de casados*:

«*Confesábase una mujer honrada con un fraile viejo y malhumorado; y como comenzase a decir su confesión en latín, preguntó el confesor: Sabéis latín? Díjole: Padre, me crié en un monasterio. Tornó a preguntarle: Qué estado tenéis? Respondióle: Casada. Ante esto volvió: Dónde está vuestro marido? En la India, mi Padre. Entonces repitió el viejo con agudeza: Entended, hija mía: sabéis latín, vos criasteis en un monasterio, tenéis marido en la India? Idos, entonces, y venid acá otro día, ya que es fuerza que traigáis mucho que decir y yo hoy día tengo mucha prisa*».